

ALARCÓN Y ARIZA, PEDRO ANTONIO DE (1833-1891)

CONTRA LAS ZARZUELAS

ADVERTENCIA

Si alguna memoria puede quedar hoy de los centenares de *Revistas de teatros* que escribí durante aquellos años (de 1855 a 1859) en que me arrogué audazmente la profesión de crítico, es indudablemente el recuerdo de la porfiada guerra que hice a las zarzuelas, entonces muy en boga.

Reconozco que fui exagerado en mis ataques a este género de espectáculos; pero sírvanme de disculpa la exageración con que lo patrocinaban y ensalzaban por su parte otros escritores y el alarmante favor que llegó a alcanzar en toda España.

Aconteció entonces que todos nuestros autores dramáticos y todos nuestros músicos dedicáronse a escribir zarzuelas, abandonando los unos el teatro español *de verso* y propalando los otros que la *ópera nacional* nacería del cultivo de aquella clase de composiciones. Los coliseos de verso y el de la ópera italiana se vieron, pues, desatendidos por el público, que se solazaba grandemente con los híbridos y grotescos engendros que constituían el repertorio del célebre Caltañazor.

Ni era esto todo: a la sazón no se habían creado todavía los nobles centros de verdadera filarmónica que hemos admirado y aplaudido después en los Cuartetos del Conservatorio y en los Conciertos matinales o nocturnos de teatros y jardines situados en las afueras del antiguo Madrid. Haydn, Mozart, Beethoven, Mendelson, Weber, todos los gigantes del arte musical, eran desconocidos del pueblo español. Euterpe no recibía en nuestra patria más culto público que el que le rendían nuestros instrumentistas, nuestros cantantes y nuestros compositores por medio de las decantadas zarzuelas... Estaba, pues, comprometida hasta la esperanza de los amantes de la verdadera música, en el empeño que maestros tan insignes como Arrieta, Barbieri, Saldoni, Oudrid, etc. (algunos de ellos autores de ya aplaudidas óperas), mostraban en llegar por el camino de la zarzuela a la consolidación del teatro lírico español.

Contra pretensiones y aspiraciones tan insensatas, era contra lo que me revolvía yo en mis escritos, no contra la Zarzuela en sí, como se verá en los fragmentos que reimprimiré a continuación. Yo concedía a la Zarzuela el derecho de existir como un espectáculo burlesco que simbolizase, no los progresos y tendencias de un arte naciente, sino la deliberada caricatura de un arte de mayores y más solemnes miras.

El tiempo ha venido a darme la razón: la Zarzuela, al cabo de veinte años de favor público, no ha engendrado la *Ópera española*, sino los *Bufos madrileños*.

Léanse ahora todas las razones en que yo fundaba en aquel tiempo mis hoy realizadas profecías. No insertaré sin embargo, sino extractos de mis revistas, o sea los trozos más sustanciales y de crítica más general, omitiendo en lo posible los ataques concretos contra determinados autores o contra sus obras, En el fragor de las batallas, estos ataques y los que yo recibí pudieron estar justificados. Hoy no me queda ya sino aprecio y hasta cariño hacia mis adversarios de entonces.

Es lo que les pasa a todos los militares retirados que, al fin de su vida, sólo tienen palabras de afectuoso respeto para nombrar a los mismos guerreros a quienes en otro tiempo llamaban antonomásticamente *el enemigo*.

En cambio, nunca deja de inspirar fanático amor a cada uno la bandera que tremoló en el combate, como le inspira eterna aversión el estandarte que vio ondear enfrente del suyo.

1871

I

De la zarzuela

..... Viva la música burlesca, viva la tonadilla confundida con el sainete, viva el *vaudeville* joco-serio, salpimentado de coplas y de finales cuyo trivial sentimentalismo está al alcance de las *traviatas* más ínfimas. Viva enhorabuena todo esto; pero viva en los pueblos donde la música nacional cuenta ya con más solemne culto, tiene abiertos más nobles palenques, ostenta más ilustres títulos; viva, por ejemplo, en Francia, donde hay un teatro de Grande Ópera seria francesa, que produce las inmortales obras de Halevy, de Auber y de Meyerbeer; viva allí, donde ya puede jugarse con el arte como con un león domesticado; viva allí, donde saben caricaturarlo todo, hasta la melodía, ese aliento de Dios! Y viva aquí también, si queréis; pero no resumiendo la vida de nuestra música nacional, no absorbiendo todos nuestros talentos líricos, no representando nuestra ilustración filarmónica. Viva aquí... ¡pero en la esfera de los espectáculos que sólo se proponen recrear; no al nivel del coliseo donde la verdad y la filosofía tienen su cátedra, ni al nivel del templo adonde van las almas a embriagarse con las armonías del sentimiento, único idioma universal, cuya clave está en todos los corazones privilegiados.

.... Pero hablemos un poco de los libretistas. ¿Queréis saber lo que han encontrado nuestros poetas en la plazuela del Rey?

Fracasos, desdenes, silbidos, y, cuando más, respetuosa tolerancia.

Bretón, el ilustre Bretón, el autor de *El Pelo de la dehesa*, ha visto naufragar sus dos únicas zarzuelas: *El Novio pasado por agua*, y *Las cosas de Don Juan*.

Rubí, el autor de *El arte de hacer fortuna* de *Los dos validos*, no consiguió acertar en *Tribulaciones* y zozobró en *La Hechicera*.

Atina García Gutiérrez en *El Grumete*, yerra en *La espada de Bernardo*, y cae en *La cacería real* García Gutiérrez, el autor de *El Trovador*!

Ayala, el creador de *El hombre de Estado* y de *Rioja*, dramas de primer orden, ve pasar desatendidas *La Estrella de Madrid* y criticados *Los Comuneros*. ¡Quince noches bastaron a enterrar cada una de esas obras!

Eguílaz, popular a los veintidós años y una de las mejores esperanzas de nuestra literatura, va a pique de un modo lamentable en *La vergonzosa* en Palacio.

Suárez Bravo hace de *Las señas del Archiduque* la hoz que siega los laureles de *¡Es un ángel!*

Larra goza de justo renombre de buen dramático; pero ni su nombre basta a proteger *Un embuste* y *una boda*, que se hunde en el abismo.

Doncel estrena su sepulcro al son de los silbidos de *La Picaresca*. Cisneros escribe un drama, *Esperanza*, que le da un nombre. *La litera del oidor* le da mucho menos, puesto que le da un mal rato.

Villoslada truena en *La dama del Rey*.

Y Larrañaga, y Arnao, y Larrea, y Lozano, y Guerrero, y todos, en fin, chicos y grandes, caen en la misma tentación y logran el mismo resultado.

Mas no por esto se contriste la musa española. Esos desastres son triunfos. Nuestros dramáticos están demasiado acreditados para que pueda perjudicarles su impotencia en este género espúreo.

Pero ¿en qué consiste esa impotencia? nos preguntaréis.

En que los libretos españoles pecan de demasiado líricos, de muy graves, de sobrado decentes; en que la zarzuela es propia de la ligereza transpirenaica; en que aquí no somos diestros en la pantomima, en la paradoja, en la onomatopeya, en la prestidigitación, en el arte de brocha gorda.

Por eso agradan más las zarzuelas traducidas; por eso, y dichosamente por eso, no saben inventarlas nuestros primeros literatos, mientras que los *dioses menores* (¿para qué nombrarlos?), los libretistas que no saben escribir, no digo ya en castellano, pero ni tan siquiera en racional, logran cada éxito con sus *poemas* zarzuelescos, que es cosa de quemar uno su librería.

....

¿Adónde vamos? ¿Qué es esto?

Dichosamente, no vamos a ninguna parte.

Dichosamente, esto no durará.

La zarzuela morirá, como murió el género andaluz, como murió Churriguera, como morirá el miriñaque.

Y morirá, porque si los poetas no se cansan de trocar su gloria por un puñado de plata, el público abrirá los ojos, y verá que en el Circo pierde el tiempo, el dinero y el buen gusto.

Un crítico, en un momento de distracción, -pues no es posible creer otra cosa-, ha confundido al libretista de zarzuelas con el libretista de óperas, sin considerar que son oficios muy distintos.

En la zarzuela rige el poeta: en la ópera rige el músico. En la zarzuela la letra es lo principal y la música lo accesorio: en la ópera acontece lo contrario. Quitad las palabras a una ópera después de escrita; cantadla tarareada o solfeada, y quedará la ópera en pie.

Y esto es tan cierto, cuanto que el libreto se canta en italiano ante un público cuya mayor parte no lo comprende y que, sin embargo, nada echa de menos...

Porque la música es un idioma, volvemos a decir, cuando no se propone solamente recrear, y el libreto es un andamio que sirve para levantar el edificio y se retira después de concluida la obra.

En la zarzuela la música no expone, no expresa nada: es un lujo, un adorno. Y ¡ay del músico que se entusiasma y se eleva en el teatro del Circo!

Que allí no se va a oír música, sino a ver trajes, desfiles de tropas y decoraciones magníficas; a ver a la tiple vestida de hombre y al caricato vestido de mujer; a oír redobles de tambores, repiques de campanas, algazara, tiros y jolgorio... ¡Entonces se aplaude; entonces hay lleno completo!... ¿No es verdad, señores empresarios? Preguntad a un parroquiano del Circo por ese mismo Meyerbeer, por su *Roberto il Diavolo*, y os dirá que le apesta!

No: la zarzuela no engendrará la ÓPERA NACIONAL.

¡Ni menos desarrollará la música española!

¡Pues qué! ¿Podrá decirse que toda la música que se canta en el Circo es española, que tiene carácter de tal, que es original siquiera? Nosotros pobres melómanos, simples oyentes, que, obligados por nuestro oficio de folletinistas, vamos a aquel coliseo como si fuéramos al Purgatorio, podemos asegurar haber escuchado allí música francesa, alemana e italiana, a vuelta de alguna que otra seguidilla española y no nos detendremos a citar,

como pudiéramos hacerlo, y lo haremos en su caso, pieza por pieza, motivo por motivo, acompañamiento por acompañamiento.

Tiene la zarzuela otro inconveniente que no le permite crecer, y es la dificultad, casi la imposibilidad, de encontrar cantantes que declamen o actores que canten... como se debe cantar y declamar.

.....

Dícesenos que Rossini y Verdi empezaron por poco y llegaron a mucho. ¡Pues que nuestros principiantes hagan zarzuelas, y nuestras notabilidades escriban óperas o no escriban nada!

Por lo demás, Saldoni y Arrieta empezaron componiendo óperas, y acaban haciendo zarzuelas. ¡Esto es progresar! Queremos la ópera española, y la esperamos, y nunca tiraremos de los pies a nuestros compatriotas para evitarles que suban a un digno puesto, sino para bajarlos de un puesto indigno. La ópera española puede existir, y existirá. Nuestro suelo ha dado a Europa cantantes de primer orden. La Malibran, Paulina García, la condesa de Fuentes, Amalia Anglés, Echevarría, Carrión, Belart, Rodas, Unanue, García y los que ahora no recordamos nacieron en España, y muchos de ellos recorren hoy los primeros teatros del mundo. Nuestro suelo ha dado también y tiene músicos capaces de escribir la ópera. Martini, Cuyas, Inzenga, Gomis, Saldoni y otros varios comprueban nuestro dicho. El Sr. Barbieri, si desatase su inspiración aprisionada en el Circo; Arrieta, orgullo de nuestra patria; Gaztambide, ¡el mismo Gaztambide!, Oudrid, etc., escribirían la ópera nacional, si quisieran; y esto es tan positivo, que dentro de algunas noches (lo decimos con inmensa satisfacción) se cantará en el *Teatro Real* la *Isabel la Católica* de Arrieta, ópera que vale más que todas las zarzuelas habidas y por haber.

.....

Día llegará en que nuestros músicos nos estrecharán la mano, confesando que hemos tenido razón en atacar tan rudamente la zarzuela.

Aquel día la música española se cantará en todos los pueblos extranjeros: aquel día la zarzuela vegetará en un barrio de Madrid.

.....

II

Los Magyares

1

-¿Ha estado V. en *Los Magyares*, señor folletinista?

-No, señor... Hace tres noches que no se encuentra un billete ni por un ojo de la cara.

-¡Ya lo creo!... *Los Magyares* es el *non plus ultra* de las zarzuelas. A mí me gusta más que *Catalina*.

-¿Es V. filarmónico?

-No, señor: de Getafe.

-Digo que si le gusta a V. la música...

-¿Cuál?

-¡Hombre! ¡la música!...

-¡Qué música ni qué ocho cuartos!... Mire V.: Caltañazor sale montado en una mula, y, sólo de verlo, nos echamos a reír. No sé en qué consiste; pero siempre que habla ese hombre, aunque no sea gracioso lo que diga, se me va la carcajada!...

-Afinidades.

-No sé... ¡Y qué decoraciones! ¡Han gastado un dineral en espigas!... En fin: es la gran función del año... Dicen que dará muchas entradas.

-¿De quién es el libreto? ¿De Ayala?

-No, señor...

-¿De Bretón?

-No, señor... ¡Ésos no saben dónde tienen la mano derecha! Es de Olona

-¡Hombre! ¡Ese autor no se equivoca nunca!... ¡Todas sus obras tienen un éxito brillantísimo!

-Un éxito envidiable.

-No diré yo tanto. ¿Y el *spartito*? ¿Será de Barbieri?...

-¡Qué! No, señor...

-¿De Arrieta?

-¡Ca!... ¡El esparterito es de Gaztambide! ¡Y salen segadores, húngaros y borregos!...

-Pues es preciso ir.

-¡Ya lo creo! ¡Verá V. cosa buena!... Y eso que no canta la Ramírez!... En fin... Hasta luego... Ya nos veremos por allí...

-Vaya V. con Dios, hombre... ¡Vaya V. con Dios!

2

Las carnes se nos abrieron cuando quedamos solos, al pensar en que acaso no nos gustaran *Los Magyares* como progreso de la ÓPERA ESPAÑOLA, y nos viéramos, por consiguiente, en la precisión de anatematizarlos desde nuestra cátedra de folletinista.

-¡Oh Dios! (dijimos). ¡Que nos gusten *Los Magyares*! ¡Que el público tenga razón! ¡Que suceda un milagro! ¡Que haya una zarzuela buena! ¡Oh!... ¡Si *Los Magyares* no nos gustan, estamos perdidos!

En efecto: ¿quién lucha con las turbas de los barrios, que dicen que la zarzuela nueva es mejor que *La Cola del Diablo*? ¿Quién lucha con toda la prensa, que ha consignado en una y otra gacetilla que la tal obra es admirable? ¿Quién lucha con la realidad de las cosas; con ese público que acude en masa, con esa empresa satisfecha de sí misma; con una función, en fin, en que se ha gastado mucho dinero?

En medio de esta agitación, oímos sonar las ocho de la noche.

Cinco horas después conocíamos ya *Los Magyares*. ¡Somos el ser más desgraciado de la tierra!

3

Respeto y consideración merecen, sobre todo en nuestro país, los miles de duros que la empresa del teatro de la Zarzuela ha gastado en la decoración y equipo de *Los Magyares* ÓPERA ESPAÑOLA del maestro Gaztambide, letra del poeta Olona. Por este respeto y esa consideración, y no por falta de buen sentido -al menos así nos lo hace creer nuestro orgullo nacional-, ha mostrado tolerante, y benévola la ilustrada prensa de Madrid con la nueva obra, tributándole unos elogios que no son para discutidos, y que seguramente no estaban en el ánimo de los señores gacetilleros... Pero respeto y consideración son esos que ceden en nuestro juicio ante más altos respetos y atendibles consideraciones; ante las leyes de la razón y del buen gusto; ante los fueros de la música y de la poesía, temerariamente atropellados; y así, mal que le pese a la paz de nuestra vida, cogernos la pluma con el valor de quien cumple con su conciencia, no para oponernos a la opinión general, pues sabemos que la opinión general está de nuestra parte, sino para consignar en letras de molde lo que la opinión general murmura por lo bajo y no se atreve a repetir a la luz del día, en gracia de los susodichos miles de duros; lo que dice el *claqueur* en su casa; lo que asienta el *flateur* en el café; lo que publica oralmente en las tertulias el mismo

periodista que batió palmas en su diario; lo que está, en fin, en el pecho de todos y en boca de ninguno, esto es, que *Los Magyares* no es, como la titulan, una ÓPERA ESPAÑOLA, sino un disparate literario y musical, indigno de ser representado en un teatro nuevecito, ante un público de guantes blancos, en nombre del arte y de la literatura y a costa de tantísimo dinero.

Desmenecemos este párrafo.

4

Ante todo, seamos los primeros en rendir un tributo de admiración a la empresa por su arrojo y prodigalidad, al maquinista por su pericia, al pintor por sus ingeniosas concepciones, al director de escena por su maestría, al sastre por sus conocimientos históricos e indumentarios, y, finalmente, a todos los que han contribuido al aparato de *Los Magyares*, obra presentada al público con una perfección y un lujo insólitos en nuestros teatros, y verdadero modelo de *mise en scène* que recomendamos eficazmente a la empresa del Teatro Real, ya que es este el pie de que cojea hace algunos años.

Y he aquí todo lo que tenemos que elogiar en una función músico literaria; en una ÓPERA ESPAÑOLA, en el supremo alarde hecho por la empresa del teatro de Jovellanos para justificarse de haber inferido esta temporada todo género de ultrajes a las desventuradas Euterpe y Talía...

5

¿Y el libreto?

¿Y el *spartito*?

¿Y la zarzuela?... decimos mal: ¿Y la ÓPERA ESPAÑOLA?

¿Y el pretexto de tantos gastos?

¿Y las cinco horas que pasa el público en aquel salón?

¿Y el arte?

¿Y la literatura?

¿Y *Los Magyares*?

¡Qué! Porque Pizzala el platero hiciera pública exposición de sus diamantes y esmeraldas en medio del peor drama de Comella, ¿habíamos de dejar de silbar el atentado literario?

¡Qué! Porque unos cómicos de la legua se presentasen muy bien vestidos en el escenario del Príncipe, ¿habíamos de tolerarles que pisoteasen *El Hombre de mundo*?

¡Qué! Porque en *Los Magyares* se haya gastado mucho dinero en trajes y decoraciones, ¿hemos de oír impasibles el libreto del Sr. Olona y la música del Sr. Gaztambide? ¿Hemos de permitir que nuestros discípulos del Conservatorio lleguen a tararear semejantes obras? ¿Hemos de soportar que nuestro pobre público de las galerías crea que eso es una ÓPERA ESPAÑOLA? ¿Hemos de consentir que los elementos de vida y prosperidad que encierra una empresa tan rica como la de Jovellanos, se empleen en un terreno tan estéril, tan desagradecido, tan ignominioso para nuestras musas?

6

Vamos al libreto.

¿Qué se ha propuesto dar al público el Sr. Olona al presentar su libro de *Los Magyares*?
¿Una broma? ¡Pues a fe que es broma pesada!

Mas, por si va de veras, repare en la impasibilidad del público durante los cuatro actos de la zarzuela, y en que los aplausos vienen de ciertas galerías atestadas de aguadores y soldados.

Y es que los medios que se emplean para arrancar estos aplausos son tan absurdos, que no sabemos cómo tuvo el libretista serenidad para escribirlos...

Si a disparates que choquen vamos, proponemos desde ahora un argumento de zarzuela - y como él se nos ocurrirían veinte por minuto-, de éxito indefectible:

Que el teatro represente una noria.

Caltañazor ha sido condenado por el rey de Taití a darle vueltas a la susodicha.

El Sr. Gaztambide escribe en el divino idioma de Donizzetti las armonías imitativas del crujido de las ruedas y del gotear del agua.

A cada vuelta que dan los canjilones, sale de la noria un corista vestido de miliciano nacional bailando la cachucha.

Cuando ya está fuera todo el coro, Caltañazor lo arenga. Pero el coro se enfada y lo echa en la noria.

El público cree que su favorito ha muerto. Pero Caltañazor saca la cabeza por la concha del apuntador, y dice a sus admiradores de las galerías:

-Señores..., ¡si estoy aquí!

Fin del acto primero.

¡Qué éxito tan ruidoso! ¡Qué aplausos! ¡Qué ganancia tan espantosa haría la empresa con una función semejante!

¿No es éste el secreto, Sr. Olona?

Pero seamos circunspectos.

En los más disparatados engendros de la grotesca musa de Francia, hállese al menos, ya una sutil paradoja, ya una parodia llena de gracia y de inventiva: los caracteres menos verosímiles tienen cierta unidad; los hechos cierta ilación; la caricatura, por abultada que sea, ofrece un lado lógico...

En *Los Magyares*, ni hay caracteres, ni los personajes tienen memoria, entendimiento ni voluntad. Todos son tontos; todos se dejan engañar como chiquillos; todos hacen lo contrario de lo que se propusieron hacer; todos olvidan lo que acaban de decir; todos descubren a lo mejor una penetración digna de M. Hume; todos, en fin, son víctimas de la impotencia dramática del señor Olona.

Por lo demás, ni un chiste nuevo, ni un verdadero epigrama. No es la sal de los hechos o de los dichos lo que hace reír, sino el despropósito, la atrocidad de una y otra inconveniencia.

De este modo todos seríamos Ramones de la Cruz. Con presentar una chica que en el momento de tomar el velo de monja dijese que le picaban las pulgas, o un moribundo que rompiera a cantar la rondeña, o un canónigo con espuelas, o una condesa que a lo mejor jurase y votase como un carretero, ¡ya tendríamos el efecto seguro!...

¿No es éste el secreto, Sr. Olona?

Al menos, ¡así están escritos *Los Magyares*!

7

De la *música* sólo diremos una cosa; y es que no la encontramos en toda la función. Oímos, sí, algunas rapsodias de *Guillermo Tell*, de *Roberto*, de *Traviata*, de *Marina* sobre todo, y varios calcos de nuestros cantos nacionales. Mas ¿qué importa la música..., tratándose de una *ópera*? ¿Qué importa el carácter de esta *ópera*, cuando se piensa en

llamarla *ópera* española? ¿Qué importa el arte? ¿qué importa la Nación? ¿qué importa la propia dignidad, cuando se trata de que el artesano y el tendero de comestibles, el portero y el escribiente, atraídos por la grosera plástica de un absurdo tan descomunal, den a su familia cinco horas de un placer preparado ex profeso para satisfacer su mal gusto, y lleven a la faltriquera de las codiciosas musas lo que debían llevar a la *Caja de Ahorros*?

¡Oh! ¡nuestras artes, nuestras letras convertidas en eso que se llama *saca-dineros* y *engaña-muchachos*!

Terminemos.

Si la música española tuviese en España otros representantes, otra casa, otro porvenir, en buen hora se llevaran los diablos a los zarzuelistas con sus sacrilegios y sus profanaciones. ¡Pero que la música sea el arte del siglo XIX; que España pertenezca a Europa; que Madrid sea la capital de España, y que en Madrid esté reducida la vida musical a *Los Magyares*... es cosa horrible, que excita la indignación de todo el que tiene vergüenza!

El público acude, el público paga, el público aplaude... ¿Qué importa si un extranjero asoma la cabeza por el teatro de Jovellanos, y la vuelve luego hacia su patria, diciendo en letras de molde: *el África empieza en los Pirineos*?

¿Ni qué os importa tampoco esta revista?

1857.

III

Otra ópera... española

Tenemos novedad en el teatro de la *Zarzuela*.

Titúlase *El Lancero*.

Reflexión al *canto*... y a la *letra*. A las zarzuelas les queda de vida el tiempo que tarden nuestros literatos en sacar a relucir las pocas corporaciones o clases civiles, militares y religiosas que no han aparecido aún en aquel escenario. Ya han salido a las tablas monjas, frailes, barberos afeitando en fila, marineros, colegialas, locos, y qué sé yo qué más. Mañana serán los enfermos de un hospital, coronados de gorros blancos; otro día será un coro de gallegos que van a esperar los reyes... Hoy son *lanceros*. El caso es ofrecer decoraciones y trajes nuevos. Lo demás, no importa.

Que la letra sea una traducción o un plagio que ponga colorada a la moral pública; que esté en catalán o en *patois*; que la música sea una trivial tonadilla o un detestable remedo

de tal o cual trozo italiano o francés: que se cante en contrasentido con las palabras; que carezca de filosofía, de expresión y de gusto... ¡chico pleito! El *negocio* es que la tiple salga con pantalón y levitín, o el bufo con miriñaque; que haya vistosos uniformes y sables *de verdad*; que se digan equívocos tan decentes como los de *El Lancero*; que la acción estribe en que una mujer vestida de hombre esté encerrada con otra en una habitación, y en la natural alarma de cuantos ignoran el cambio de traje; que se oigan redobles de tambores, o repiques de campanas, o coros de bostezos y estornudos, si no se prefiriesen de relinchos; algo, en fin, que profane el arte y la literatura, y ya tiene V. al público *inteligente* loco de júbilo y con sus tres reales dispuestos a correr todas las noches.

Así es que el Sr. D. Ventura de la Vega escribe hoy, una zarzuela de magia. ¡Después vendrá oír a con fuegos artificiales; luego una en que se regalen naranjas al público; y Dios sabe si llegará el caso de que se permita a los abonados a anfiteatro tornar parte en los coros, o besar a las coristas!

¡Decididamente la zarzuela es un espectáculo *popular, nacional, español*, en toda la extensión de la palabra!

¡Y, sobre todo, la *cuna de la ÓPERA ESPAÑOLA*!

1857.

V

Por qué gustan las zarzuelas

(Réplicas a un amigo.)

-Amigo mío (repliqué por último, resumiendo mis contestaciones): yo abomino de la zarzuela, antes por sentimiento que en fuerza de silogismos. Cáeseme el alma a los pies cuando medito en que la música, el arte peculiar del siglo XIX, la más sublime, y hasta si se quiere la sobrenatural expresión de la belleza, no tiene en España otros horizontes en que tender su vuelo que los estrechos límites a que la reduce este mezquino espectáculo, *mixto como todo lo decadente*.

¿Qué es aquí la música? dígame V. Una esclava puesta al servicio de un traductor de dramas de brocha gorda. ¿Qué probabilidades de éxito, de ganancia, de gloria, de inmortalidad, tiene un compositor en este teatro? Las que le sobren a un maquinista hábil, a un gracioso caricato y a una fábula absurda, llena de espantables episodios e increíbles peripecias: ¡nada más!

Aquí el todo es el libro. Que el libro ofrezca grandes rarezas en trajes y decoraciones, montañas practicables, ganado vacuno que discurra por la escena, una tiple bonita (si no,

no sirve), y vestida de hombre por añadidura, y tiene V. el teatro lleno veinte noches. Una glosa del bolero o del fandango y cuatro trompetazos que atruenen la cabeza, bastan, por lo demás, para que el filarmónico de estos barrios se figure que ha oído una *ópera española*.

El músico que quiere ir más lejos, pierde el trabajo, el tiempo y la paciencia. Ahora: si la tierna y apasionadísima melodía española ensayase el género sentimental, que es el que más cuadra a su índole y tendencias; si nuestros músicos, -algunos lo han hecho-, en vez de atenerse a una servil imitación de las armonías exteriores de la naturaleza, buscasen en el cielo de la imaginación aquella habla reveladora de Rossini, de Bellini y de Donizetti, vería V. nacer de pronto una nueva escuela musical, que sería el asombro de toda Europa, como hoy lo son nuestros peregrinos cantos nacionales.

Pero mientras sigamos por esta senda de perdición; mientras el teatro español no arroje por la ventana este crudo y malsano manjar que llaman zarzuela, en que el canto, o es gratuito, o material y onomatopéyico, y la instrumentación inadecuada y confusa como todo lo que carece de inspiración; mientras V. oiga cantar a simples aficionados, entre los cuales apenas se cuentan dos o tres medio artistas, y vea escribir libretos a hombres que se confiesan..., no digo profanos, sino antipáticos a la música, España será en esto una potencia de último orden, como lo es en otras muchas cosas. ¡Por eso no transijo con las zarzuelas, ni con este teatro, ni con los compositores, ni con V. que viene a consentirlos!

-Pero ¿y V.? ¿A qué viene? -me preguntó con mucha sorna mi antiguo amigo.

-¡Hombre!, yo vengo porque tú vienes, porque aquél viene; porque nosotros venimos, porque vosotros venís, porque aquellos vienen.

¡Vaya, vaya! (me dijo, dándome una palmadita en el hombro.) V. modificará sus ideas. Esto gusta... ¿No ve V. el teatro lleno? Aquí se ríe uno, pasa el rato, ve muchachas bonitas, y...

-¡Y siente satisfecha su vanidad!!

-¡A ver! Explíqueme V. ese pensamiento. Es muy sencillo, y da la clave de la duración de este espectáculo en España, así como de otras menudencias. ¡Oh! No sin trabajo he llegado a tan luminosa conclusión...

Veamos esa conclusión.

Mire V. ¡No hay cosa que las medianías aborrezcan tanto como al genio, ni nada que les agrade más que otras medianías menores que ellas! Ahora bien: en el mundo hay una mayoría inmensa de hombres medianos y menos que medianos. Vienen aquí esos hombres, y se encuentran con un músico a quien pueden criticar, con un cantante que necesita de su indulgencia, con un poeta que se contenta con hacerles reír, con un espectáculo, en fin, que no les dice *¡admira!*, sino *¡tolera!* El hombre mediano no se ve humillado, por consiguiente; no prueba la envidia; no siente la presión de aquel genio

que, en otros teatros, le desprecia desde lo alto de las bambalinas... -«Aquí todos somos unos (dice mi hombre en la Zarzuela, enseñando la caja de dientes): ¡No lo hacen mal!... ¡pobrecillos!...»- Y se ríe..., y está *a son aise*, sin temor a aplaudir inoportunamente, sin quedarse en ayunas del argumento, sin verse obligado a fingir que le gusta esto o lo otro cosas todas que le suceden en el Teatro Real o en la representación de un buen drama. ¡Mire V. con qué aire de protección y de suficiencia se agita aquel banquero en su palco!... Óigale V. cómo dice: ¡Qué tontería! ¡Vaya... si no sé cómo viene uno a estas cosas! ¡Yo sé mucho más que el músico, que el poeta y que el cantante!

¡Ah! no lo dude V.: la turba multa, y en especial los ricos estúpidos, sienten satisfecha su vanidad y a salvo su natural amor propio en este teatro, que habla en su mismo idioma y que nunca se permite darse con ellos aires de superioridad.

....

1858.

V

Última palabra

.....

La zarzuela agoniza... La zarzuela morirá antes que nosotros creíamos.

Démonos la enhorabuena.

Muerta la zarzuela, nacerá la ópera nacional; porque tenemos maestros, y los tendremos aún, que darán mejor inversión a su genio, más alta dirección a sus trabajos; porque nuestra patria ha producido buenos cantantes, y volverá a producirlos cuando no se esterilicen sus facultades en ingratas tareas, cuando no estraguen las primicias de su genio en las orgías musicales de la calle de Jovellanos.

En tanto, nuestros poetas, dejando de aspirar al triste salario que les ofrece el *vulgo necio* de que hablaba Lope, tomarán de nuevo el áspero camino de la gloria, y escribirán, como pueden, el drama y la comedia de nuestra edad filosófica.

El público mismo no comprenderá su ceguera pasada, como hoy no comprende el entusiasmo que produjeron Comella y Churriguera; como hoy se asombra de haber tenido en gran estima las piezas andaluzas, el baile francés, a algunos personajes del reino y otras aberraciones del gusto.

Y el público, entonces, se dará también la enhorabuena.

.....

1859.